

## Los rumbos de la agricultura y la alimentación en México

Emilio Romero Polanco \*

La situación económica de la agricultura mexicana durante los últimos años exhibe una prolongación y profundización de la problemática del sector. Al finalizar 1988, la agricultura cumplirá cerca de 25 años de experimentar una crisis económica prácticamente ininterrumpida que se ha traducido en un comportamiento errático de la producción y el avance de la miseria en la población rural. El abatimiento agrícola impulsa las tendencias de la pérdida de la autosuficiencia alimentaria nacional y del agravamiento de la situación nutricional de la población. La incapacidad productiva de la agricultura para satisfacer la demanda nacional de alimentos ha contribuido a agudizar los problemas alimentarios de amplios núcleos de la población mexicana de bajos ingresos, sectores que han visto disminuir de manera dramática su capacidad adquisitiva ante los embates de la crisis económica y financiera que vive el país.

A partir de la segunda mitad de la década de los sesenta se empieza a manifestar una transformación de las tendencias previas de crecimiento económico agrícola y pecuario, manifestadas en una persistente desaceleración en sus ritmos de crecimiento. Este proceso ha sido particularmente notorio en la agricultura, que ha dado muestras de estancamiento y aún de descensos absolutos en varios cultivos. Así encontramos que durante el período 1965-1967/1978-1980, la tasa de crecimiento de la producción agrícola fue en promedio de 1.7%, muy por debajo del crecimiento demográfico. Más adelante, a pesar que durante los breves años de la bonanza petrolera y de la aplicación del Sistema Alimentario Mexicano (SAM) esta situación de estancamiento se revierte a partir de 1982-1987 las tendencias recesivas resurgen con mayor virulencia, observándose un crecimiento de la producción de sólo 0.7% frente a un crecimiento demográfico de 2.8% en promedio anual.

La pérdida de dinamismo de las actividades agrícolas se localiza principalmente en la tendencia al estancamiento de la superficie cosechada, la cual ha tendido a disminuir durante los últimos años.

Durante 1982 (bajo el influjo del SAM), según cifras oficiales, las tierras de temporal registran incrementos superiores a las de regadío al alcanzar un total de 14.4 millones de ha dentro de un total general de 19.5 millones. Sin embargo, como consecuencia de la crisis y de los recortes de la inversión pública agropecuaria durante 1983-1988, la superficie nacional cultivada ha permanecido prácticamente estancada tanto en las áreas de temporal como las de riego.

Visto el comportamiento económico de los distintos grupos de cultivos que han contribuido al estancamiento del subsector agrícola, encontramos que la principal responsabilidad recae en los cultivos básicos de alimentos, localizados a su vez de manera muy importante en las tierras de temporal.

Una visión de conjunto del período 1981-1987, muestra que la producción de granos básicos sigue comportándose erráticamente e incluso registra retrocesos absolutos. Durante este

período la producción nacional de granos básicos disminuye de 27.2 millones de ton cosechadas en 1981 a 24.4 millones de ton en 1987. Destacan por sus consecuencias sobre la disponibilidad de alimentos de la población las disminuciones en la producción de maíz que pasa de 14.7 millones de ton cosechadas en 1981 a 11.4 millones de ton en 1987 y la producción de frijol que disminuye durante el mismo período de 1.4 a 1.0 millones de ton.<sup>1</sup>

Diversos estudios sobre la composición e importancia relativa de los distintos tipos de cultivo agrícolas, revelan que contra lo que comúnmente se piensa o como pudo haber ocurrido en décadas anteriores, la pérdida de la importancia relativa de los cultivos básicos no obedece a su sustitución por cultivos de exportación ya que algunos de éstos, como el henequén o el algodón que cuentan con superficies cultivadas de significación, también han declinado, en tanto que aquellos cultivos de exportación que han mantenido un dinamismo importante en sus volúmenes de producción como el jitomate, la fresa, el aguacate, el mango, el melón o el cacao, nunca se han significado por su importancia dentro de la superficie nacional cultivada.

Es importante señalar que la dinámica de la crisis agrícola aunque virulenta no es generalizada, ya que por lo menos hasta 1982, distintos grupos de cultivos como las oleaginosas, los forrajes, las hortalizas, los frutales y otros cultivos industrializables mostraron un comportamiento económico positivo influenciado por los avances de los llamados procesos de ganaderización, agroindustrialización y transnacionalización del agro mexicano.

Como se señaló anteriormente, el peso principal del estancamiento de la producción agrícola y de la superficie cosechada se localiza básicamente en la disminución de la superficie de temporal. A su vez, los principales cultivos afectados han sido los de alimentos básicos asociados precisamente con las tierras de temporal. Su peso económico dentro del conjunto del sector agrícola ha determinado que su caída arrastre consigo al resto del sector, la cual habría sido mayor de no haberse contrarrestado por los incrementos de la producción de cultivos comerciales como las oleaginosas, hortalizas, frutales, etcétera.

Desde esta óptica podría señalarse que dadas las relaciones existentes entre agricultura de temporal, cultivos básicos y productores tradicionales, la crisis agrícola es básicamente una crisis de los campesinos pobres y de sus cultivos históricos. A su vez, los déficit productivos de la agricultura y las crecientes importaciones agrícolas que han propiciado, permitiría señalar que el análisis global de las relaciones de oferta y demanda de la producción agrícola muestran que la oferta, aunque ha intentado adecuarse a las fluctuaciones de la demanda, ha logrado su propósito sólo parcialmente. Esto parecería indicar que los problemas del sector no se localizan principalmente del lado de una insuficiencia de la demanda efectiva, sino de la incapacidad de la oferta agrícola para adecuarse al crecimiento

\* Investigador del Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM.

<sup>1</sup> Fuente: FAO, SARIL, PRONADRI.

y sobre todo a los cambios ocurridos en la estructura de la demanda.

Existen, sin embargo, nuevos acontecimientos que acaso replantean o por lo menos parecen matizar la aseveración anterior, ya que a partir de 1980 y sobre todo de 1983 y en adelante, se observa una pérdida de dinamismo de muchos cultivos que a lo largo de la crisis agrícola y hasta 1979 habían incrementado su nivel de actividad.

En este sentido el modesto comportamiento del PIB agrícola durante los últimos años: 1983 (2.9%), 1984 (2.3%), 1985 (2.7%), 1986 (-4.2%) y 1987 (0.1%),<sup>2</sup> acaso parece expresar que la actual profundización y nueva etapa de la crisis agrícola está vinculada ya no sólo al estancamiento de la demanda de cultivos básicos sino también a la pérdida de dinamismo de la demanda de cultivos rentables vinculados a la industria agroalimentaria.

En un libro de reciente publicación<sup>3</sup> sobre los principales fenómenos económicos, sociales y políticos involucrados en el despliegue de la actual crisis agroalimentaria nacional, el investigador José Luis Calva recoge y analiza una abundante documentación que muestra dramáticamente el avance de los problemas de desnutrición y hambre que afectan a millones de mexicanos, agudizados por la miseria, el desempleo y la brusca pérdida del poder adquisitivo de crecientes sectores de la sociedad mexicana, ante el embate implacable de la crisis general de la economía y de las políticas económicas instrumentadas por el Estado mexicano. Las más recientes investigaciones sobre la ingesta nutricional de los mexicanos revelan que en los últimos años se han provocado cambios regresivos en la estructura del consumo alimenticio de los trabajadores mexicanos, ya que si en 1960, el consumo de proteínas provenía principalmente de alimentos de origen vegetal, para 1981 el consumo proteico derivaba de productos de origen animal. Ahora en 1988 se puede afirmar que nuevamente, ante la pérdida de poder adquisitivo de los salarios, crecientes segmentos de la población nacional se han visto obligados a optar nuevamente por las proteínas vegetales frente a las de origen animal.

Coincidentes con estos planteamientos encontramos estudios que hablan de un reciente proceso de "desganaderización" de la agricultura como respuesta a la contracción de la demanda de la población por estos productos y como expresión de una nueva etapa de agudización de la crisis agrícola. "El deterioro del poder adquisitivo de grandes sectores de la población ha reducido la demanda efectiva para los productos pecuarios, sin embargo las necesidades reales son crecientes. La llamada ganaderización de la agricultura correspondió a un periodo de crecimiento económico; la desganaderización actual es parte de la crisis en la que está inmerso el país desde 1982."<sup>4</sup>

El rezago de la oferta agropecuaria ha tendido a deteriorar la balanza comercial del sector. De haber sido un sector tradicionalmente exportador que contribuyó significativamente a generar divisas que se destinaban a financiar la industrialización



sustitutiva de importaciones durante décadas pasadas, se transformó en un sector deficitario que tiene que recurrir a crecientes importaciones de productos agrícolas en el mercado internacional.

Mientras que en 1960 se importaban 28.4 miles de ton., para 1970 las importaciones agrícolas representan 761.7 miles de ton; en 1975 se importaron 2.6 millones de ton y en 1980 más de 5 millones de ton de granos básicos. Durante el periodo 1983-1987 se importaron en promedio 6.8 millones de ton de granos y para 1988 se importaron más de 7.0 millones de ton y se estima que en 1989 se compraran en el exterior cerca de 10.0 millones de ton .

En el examen de los factores que han influido en la paulatina transformación del sector agropecuario, de generador a consumidor de divisas, habría que incluir, dada su importancia, la creciente dependencia de la agricultura comercial y aún de sectores de productores campesinos frente a la tecnología y el financiamiento internacional.

Los procesos de ganaderización y agroindustrialización del agro mexicano han contribuido a conformar y, a la vez, se han apoyado en una nueva estructura de la demanda que se caracteriza por el creciente consumo de productos proteicos de origen animal.

Las nuevas condiciones sociales y culturales que explican estos cambios en la estructura de la demanda y el consumo de productos de origen primario, han surgido bajo el influjo de los procesos de industrialización y urbanización experimentados por el país durante las últimas décadas y sus efectos en la configuración de una distribución de la riqueza y del ingreso nacional altamente concentrados en favor de una minoría de la población.

El desarrollo urbano y los procesos de concentración del ingreso de México han favorecido la creciente presencia de

<sup>2</sup> Informes Anuales del Banco de México (varios números).

<sup>3</sup> Calva, José Luis, *Crisis agrícola y alimentaria en México 1982-1988*, Ed. Fontamara. México 1988.

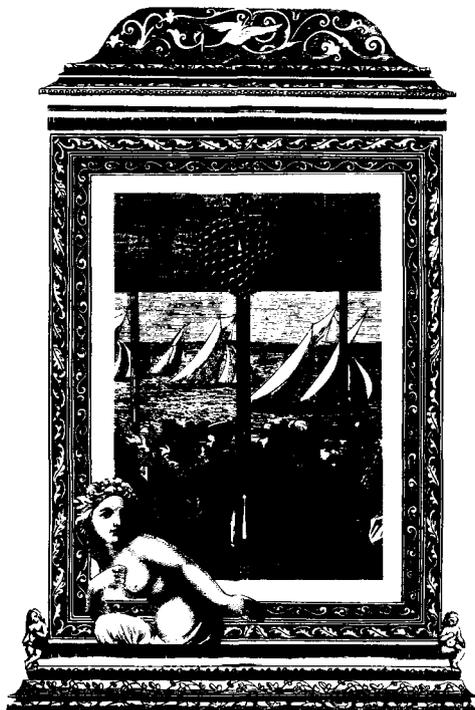
<sup>4</sup> Pérez Espejo, Rosario. *De la ganaderización de la agricultura a la desganaderización actual. Retos y perspectivas*. Momento Económico No. 38, Junio de 1988 p. 3.

grandes empresas trasnacionales como promotoras directas o como suministradoras de insumos tecnológicos y financieros de las actividades agroalimentarias.

La otra cara de la moneda, de esta nueva estructura del consumo nacional, caracterizada por la creciente presencia en la dieta de ciertos estratos de la población de alimentos procesados de origen proteico, está dada por el avance del déficit nutricional de grandes sectores de la población que se han ido agravando conforme se profundiza la crisis en la producción y del abasto de alimentos en nuestro país. Estas tendencias se han exacerbado durante los años de la década de los ochenta, periodo durante el cuál el poder adquisitivo de los salarios mínimos ha disminuido alrededor del 50%. La aceleración del proceso inflacionario durante los últimos años y las políticas de control salarial impuestas por el gobierno mexicano han deteriorado el poder adquisitivo real del salario a un grado ni siquiera igualado por feroces y antipopulares dictaduras fascistas como la chilena.

Otro factor que contribuye a empeorar el consumo de nutrientes está relacionado con la gran capacidad de las empresas trasnacionales de crear y fomentar nuevos patrones de consumo alimenticio dentro de la población. El control monopólico del mercado y las sofisticadas técnicas de publicidad y presentación de productos, les ha permitido saturar los mercados con los llamados alimentos "chatarra" (botanas, golosinas, bebidas gaseosas, frituras, etc.), caracterizadas por su alto valor agregado, elevados precios y nulo valor nutricional.

La proliferación de este tipo de mercaderías —que más que alimentos son comestibles—, y que se distinguen por su bajo contenido nutricional, coadyuvan a abandonar sus dietas tradicionales adoptando patrones de consumo y hábitos alimenticios que no corresponden ni a las condiciones locales de producción, ni a las tradiciones culturales de la población.



La presencia de un modelo alimentario elitista fomentado por las grandes empresas trasnacionales agroalimentarias, así como el aumento de la pobreza urbana y particularmente rural han tenido como consecuencia el deterioro de la situación alimentaria en grandes sectores de la población localizados principalmente en el agro nacional.

En ciertas encuestas realizadas en 1979 por el Instituto Nacional de la Nutrición ya se encontraba que, "en las zonas rurales, un poco menos del 90% de la población padece subconsumo calórico y proteico en algún grado, esto es, 21 millones de personas. Alrededor de 9.5 millones de ellas tienen un déficit calórico grave que va del 25% al 40% con respecto al mínimo normativo, que es de 2 750 calorías diarias per cápita".<sup>5</sup> En estas mismas encuestas se detectó que para esas fechas por lo menos un millón de habitantes del Distrito Federal se encontraban en las mismas condiciones de desnutrición prevalentes en las zonas rurales. Desde una perspectiva regional, las principales zonas en donde se han registrado disminuciones en el consumo de calorías durante los últimos años son: la zona Centro, la zona Sur y particularmente el Sureste del país. A nivel nacional, se estimaba que existían alrededor de 35 millones de mexicanos en 1979 que no cubrían los mínimos nutricionales de 2 750 calorías y 80 gramos de proteínas. Todo esto, antes que se desataran la crisis económica y financiera nacional y las políticas neoliberales promovidas por el Estado que han provocado una secuela de desempleo, miseria, desnutrición y hambre sin precedentes para los amplios sectores de la población mexicana.

Las relaciones existentes entre la crisis agrícola, la pérdida de autosuficiencia alimentaria, la pobreza rural y el avance de los problemas nutricionales, ha llevado a algunos autores a contemplar la necesidad de trascender el marco de los problemas agrícolas para reubicarlos en el contexto del problema alimentario. Aquí la problemática ya no sería la de la crisis agrícola, sino la de la presencia de una crisis agroalimentaria.

Una primera cuestión a considerar en la búsqueda de salidas a esta problemática en el reconocimiento de que la primera falla y limitación del proceso de modernización de la agricultura mexicana, radicó en la incapacidad y desinterés por generalizar este modelo e incorporar a la gran masa campesina, que representa a más del 80% de los productores rurales, que ocupan alrededor de la mitad de las tierras agrícolas, a los beneficios del desarrollo económico. Es por tanto, difícil de prever que la actual crisis agroalimentaria se supere sobre bases sólidas mientras no se organicen la mayoría de los productores rurales actualmente marginados y se redefinan sus relaciones con el aparato productivo y estatal agropecuario. Para avanzar en esta perspectiva, la experiencia histórica indica que más que nuevos planes, programas o proyectos gubernamentales, lo que se necesita es elevar la propia capacidad de autogestión económica y política de los campesinos. Desde una dimensión más amplia, nacional, del problema agroalimentario, la solución a la crítica situación que se vive, exigiría cuestionar y replantear las estrategias del desarrollo económico seguidas durante los últimos cuarenta años para beneficio de los grandes bloques de poder, económicos y políticos de origen nacional y extranjero, sustituyéndolas por nuevas estrategias de desarrollo que busquen el mejoramiento de las condiciones de vida del pueblo, en la medida que como lo ha demostrado la experiencia de los últimos años; ninguna política económica que sea incapaz de generar crecimiento económico, bienestar social para la población trabajadora y fortalecimiento de la soberanía nacional puede tener algún fundamento moral o político.

<sup>5</sup> Presidencia de la República. Documentos Básicos del Sistema Alimentario Mexicano (SAM) p. 19 México 1983.